

“Hay tanto que aprender!”

El personaje que Richard Bach nos presenta en “Juan Salvador Gaviota” nos trae a la reflexión una serie de aspectos de la vida del ser humano, de nuestra vida cotidiana, fundamentalmente del motivo de nuestra existencia y de los supuestos de nuestro comportamiento.

Juan Salvador Gaviota encarna en el relato las ansias y apetencias que en la sociedad se le adjudican a los soñadores, a los idealistas, a aquellos que desean algo distinto, pero muy distinto de la totalidad de la “bandada”.

Todos, en algún momento de nuestras vidas, hemos dado o seguimos dando cobijo a esos deseos, nos gustaría vivir con esos principios e ideales, pero pareciera que solo son posibles en condiciones muy especiales y a veces solo temporales, es decir en algún momento o lapso particular de nuestra vida.

Quiero compartir en este momento un extracto del relato del texto citado, que cuenta lo siguiente.

“La mayoría de las gaviotas no se molestan en aprender sino las normas de vuelo más elementales: cómo ir y volver entre playa y comida. Para la mayoría de las gaviotas, no es volar lo que importa, sino comer. Para esta gaviota, sin embargo, no era comer lo que le importaba, sino volar. Más que nada en el mundo, Juan Salvador Gaviota amaba volar.

Este modo de pensar descubrió, no es la manera con que uno se hace popular entre los demás pájaros. Hasta sus padres se desilusionaron al ver a Juan pasarse días enteros, solo, haciendo cientos de planeos a baja altura, experimentando.

No comprendía por qué, por ejemplo, cuando volaba sobre el agua a alturas inferiores a la mitad de la envergadura de sus alas, podía quedarse en el aire más tiempo, con menos esfuerzos; y sus planeos no terminaban con el normal chapuzón al tocar sus patas en el mar, sino que dejaba tras sí una estela plana y larga al rozar la superficie con sus patas plegadas en aerodinámico gesto contra su cuerpo. Pero fue al empezar sus aterrizajes de patas recogidas –que luego

revisaba paso a paso sobre la playa- que sus padres se desanimaron aún más.

-¿Por qué, Juan, por qué?- preguntaba su madre-. ¿Por qué te resulta tan difícil ser como el resto de la Bandada, Juan? ¿Por qué no dejas los vuelos rasantes a los pelícanos y a los albatros? ¿Por qué no comes? ¡Hijo, ya no eres más que huesos y plumas!.

-No me importa ser solo hueso y plumas, mamá. Sólo pretendo saber que puedo hacer en el aire y qué no. Nada más. Sólo deseo saberlo.

-Mira, Juan -dijo su padre, con cierta ternura-. El invierno está cerca. Habrá pocos barcos, y los peces de superficie se habrán ido a las profundidades. Si quieres estudiar, estudia sobre la comida y cómo conseguirla. Esto de volar es muy bonito, pero no puedes comerte un planeo, sabes? No olvides que la razón de volar es comer.

Juan asintió obedientemente. Durante los días sucesivos, intentó comportarse como las demás gaviotas; lo intentó de verdad, trinando y batiéndose con la Bandada cerca del muelle y los pesqueros, lanzándose sobre un pedazo de pan y algún pez. Pero no le dio resultado.

Es todo tan inútil, pensó, y deliberadamente dejó caer una anchoa duramente disputada a una vieja y hambrienta gaviota que le perseguía. Podría estar empleando todo este tiempo en aprender a volar. **¡Hay tanto que aprender!”**

Hasta ahí el relato.

Juan Salvador Gaviota era consciente que aquello que se ama en la sociedad no suele convertirnos en populares, sobre todo si nuestro amor se orienta a trasgredir la elección de las mayorías.

En la bandada se vuela con un solo objetivo: comer, y esta gaviota quería, amaba y deseaba volar, solo volar por el mismo hecho de volar. Quería desarrollar la técnica del vuelo para superarse, quería darle y adjudicarle a la experiencia de volar aquello que lo motivaba solamente a él.

Destinaba tiempo, algo tan valioso, en perfeccionar y disfrutar de aquello que amaba.

Los padres, referentes para Juan de la bandada o digamos así de la sociedad, ven con cierta vergüenza que su hijo no sea como los demás, que sea el diferente, el distinto y en cierta medida les provocaba miedo, inseguridad, pena y se esfuerzan por encarrilar a su hijo nuevamente en los andariveles de la bandada.

En la sociedad esta imagen de los padres está reseñada por instituciones, como la escuela, o medios, como la televisión; que nos "dicen" qué hacer, cómo hacerlo y cuándo hacerlo.

Nos debatimos a diario entre esta imagen superyoica con un fuerte mensaje orientado a pertenecer a la bandada, y nuestros deseos, ubicados en los fondos del baúl de nuestros sueños. Ser de la bandada nos da seguridad y elimina riesgos y desconcierto. Bucear en aquél baúl a la caza de nuestros sueños nos obliga al desafío cotidiano de ser constructores de nuestro propio destino.

"Hay tanto que aprender!", dice Juan Salvador Gaviota, y podría ser la línea que nos conecte con aquellos fondos de nuestro baúl, más allá de nuestra condición y situación social, hay mucho para aprender y podemos rescatar una vez más la ilusión que nos provoca lo desconocido, pero sobre todo la emoción de tejer nuestra propia vida.